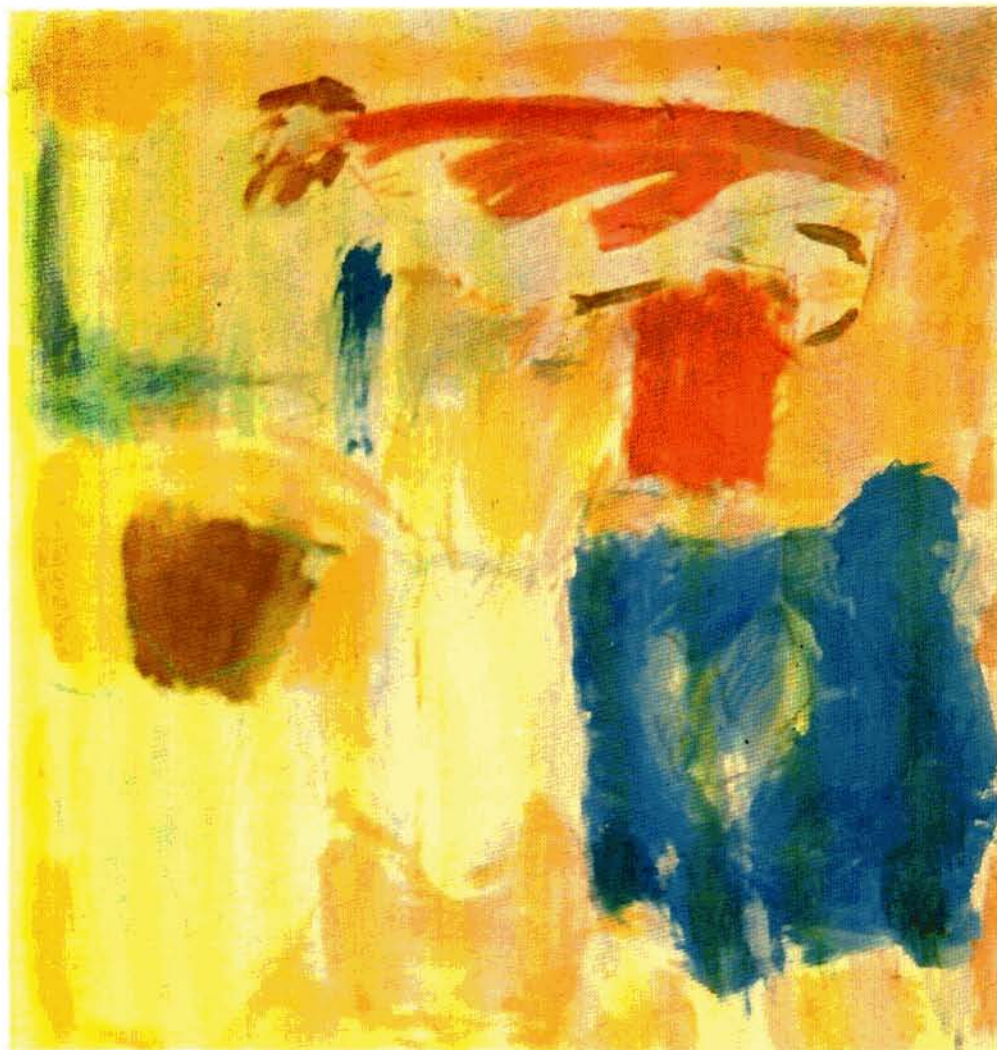


Cuicuilco

Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

NUEVA EPOCA Volumen 2, Número 4, Mayo/Agosto 1995



Historia de los trabajadores

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Directora • Ma. Teresa Franco y González Salas

Secretario Técnico • Enrique Nalda

Coordinador Nacional de Investigación • Héctor Tejera

Coordinador Nacional de Difusión • Jaime Bali

Editor responsable • Adriana Konzevik, Directora de Publicaciones

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Director • Alejandro Figueroa Valenzuela

Subdirectora de Extensión Académica • Rosa Martha Jasso

Cuicuilco

Director • Alejandro Figueroa Valenzuela

Editor • Pablo Yankelevich

Comité de Redacción

Mérgio Raul Arroyo • Eyra Cárdenas Barahona • Alberto del Castillo • Hilda Iparraguirre
Fernando López Aguilar • Marie Odile Marion • Raymundo Mier Garza

Comité Editorial

Roger Bartra

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Hieracho Bonilla

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Quito

Johanna Broda

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Christian Duverger

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París

Nestor García Canclini

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Michel Graulich

Universidad Libre de Bruselas, Bruselas

Friedrich Katz

Universidad de Chicago, Chicago

Herbert Klein

Universidad de Columbia, Nueva York

Alfredo López Austin

Universidad Nacional Autónoma de México, México

Robert M. Malina

Universidad de Texas, Austin

Nelson Manrique

Universidad Católica de Lima, Lima

Eduardo Matos Moctezuma

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Héctor Pérez Brignoli

Universidad de Costa Rica, San José

José Antonio Pérez Gollán

Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires

Armando Silva

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Rodolfo Stavenhagen

El Colegio de México, México

Edición, Juan Antonio Perujo • *Asistente editorial*, Martha Villanueva • *Coordinación del Dossier*, Hilda Iparraguirre • *Diseño*, Romina Teyssi García G. y Francisca Montalvo Díaz • *Corrección*, Victor Cuchi Espada y Adriana Inchaustegui López • *Foto de Portada*, Julio Anador Bech • *Impresión*, Talleres de Ediciones Navarra Privada de Dr. Arce 25-A, Col. Doctores, C.P. 06720, México, D.F. Teléfono 593 6787 • *Dirección*, Periférico Sur y Zapote s/n Col. Isidro Fabela, C.P. 14030, Delegación Tlalpan, México, D.F. • *Teléfonos*. 606 0330 y 606 0380 ext. 239 / 665 9228 fax

Esta es una publicación cuatrimestral de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Certificados de licitud de título y de contenido, en trámite. Reserva de título D.G.D.A., en trámite INAH, Córdoba 45, Col. Roma, C.P. 06700, México, D.F.

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores

ISSN 01851659 © ENAH/INAH

Cuicuilco



Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia

NUEVA EPOCA Volumen 1, Número 4, Mayo/Agosto 1995

Historia de los trabajadores

Presentación

Hilda Iparraguirre, Mario Camarena y José Pantoja 5

Carreras de artesanos y mercado de trabajo en Turín (siglos XVIII-XIX)

Giovanni Levi 9

Servidumbre colonial: el Chesapeake (Virginia/Maryland)
y el Marquesado (actual estado de Morelos) vistos de manera comparativa

Brigida von Mentz 25

Cuadros medios de origen artesanal —maestros, capataces
y encargados— en el proceso de industrialización y proletarianización
en México en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX

Hilda Iparraguirre 45

Los trabajadores en búsqueda de la ciudadanía

Mario Camarena Ocampo 65

Entre la vagancia y el trabajo

José R. Pantoja Reyes 79

Mutualismo y luchas reivindicativas en el siglo XIX:
la huelga de sombrereros (1875)

Carlos Illades 95

Empresarios y empresas fabriles en el siglo XIX: crítica historiográfica

Gerardo Necochea Gracia 105

El valor del trabajo en la experiencia biográfica: confrontación de dos
historias de vida comparadas

Amalia Signorelli 123

Miscelánea

Actitudes anglosajonas hacia la Revolución Mexicana 1910-1940

Alan Knight 151

Historia, antropología, folclore

Ruggiero Romano 177

Cambios en el paisaje agrícola y formación de la territorialidad española en el siglo XVI Modelos locales de ocupación del suelo

Antonio Ibarra 185

Reseñas

Peter Winch, *Comprender una sociedad primitiva*, Barcelona, Paidós, 1994.

Raymundo Mier 211

Wolfgang Michael Pahl, *Cirugía craneana en el Egipto Antiguo*, Gustav Fischer Verlag, Stuttgart, 1993

Vera Tiesler Blos 219

Jose R. Pantoja Reyes, *La guerra indígena del Nayar, 1850-1880. Una perspectiva regional*, Ediciones Telar, México, 1995, 160 pp.

Alejandra Betancourt C. 223

Cambios en el paisaje agrícola y formación de la territorialidad española en el siglo XVI. Modelos locales de ocupación del suelo

Antonio Ibarra*

El paisaje como aproximación al problema de la formación de la territorialidad española

Cuando el capitán Cortés logró traspasar la sierra oriental de la nueva tierra, había dejado atrás el paisaje tropical, la humedad y la vegetación de clima caliente para encontrarse con llanuras frescas y secas que cambiaron su impresión sobre estas tierras. Su codicia y curiosidad por la ciudad de Moctezuma fue creciendo cuando encontró asentamientos urbanos, con extensos caseríos como Tlaxcala¹ o, como en el caso de Cholula, rematados por una gran pirámide, la «mezquita» que gobernaba el horizonte.²

No solamente le impresionó la cantidad de torretas de los templos menores sino la fertilidad y parejura de los campos que circundaban a la misma, así como la cantidad de frutos y mercaderías que de esa tierra y otras, ignotas, se traficaban en su tianguex.³ En efecto, de un golpe los conquista-

* En su segunda Carta, el capitán extremeño contó al rey que la mencionada Tlascatecatl era una «ciudad tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy más fuerte, y de un buenos edificios y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas». *Cartas de Relación*, edición de Julio Le Riverend. México, 1983, p. 86.

² El mismo Cortés apreció que la «ciudad de Churultecatl está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil casas dentro del cuerpo de la ciudad, e tiene de arrabales otras tantas... Esta ciudad es muy fértil de labranzas, porque tiene mucha tierra y se riega la más parte della, y aun es la ciudad más hermosa de fuera que hay en España, porque es muy torreada y llana. E certifico a vuestra alteza que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas». *Ibidem*, p. 95. Una apreciación semejante es la de Cervantes de Salazar en su *Crónica de la Nueva España*, capítulo LVII, p. 261.

³ Antes de la gran impresión que le causó el intercambio en Tlatelolco, el conquistador retrató el de Tlaxcala como un «mercado en que cotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil

dores se encontraron con dos aspectos fundamentales de las nuevas tierras: el cultivo intensivo de los campos y el mercadeo de productos de la tierra en un espacio urbano. Ciudad y campo, producción agrícola y mercado, religión y guerra, todos los elementos de esta civilización desconocida se revelaron por vez primera en su incursión por Cholula. Tanto para ellos como para los naturales, fue el principio del verdadero choque de tiempos históricos y culturas ajenas entre sí, fue, por ello, violento. Así lo fue también en Tepeaca, a la que bautizaron simbólicamente, una vez sometida, como Segura de la Frontera. Esa era su doble certidumbre frente al poder de Moctezuma: fortificación de frontera y abastecimiento seguro de alimentos.⁴

El nuevo paisaje urbano-rural de las tierras de *cholullan* les permitió pensar en asentarse, y no por azar una década más tarde, se edificó allí el nuevo modelo de ciudad española,⁵ rodeada de tierras llanas y fértiles, irrigadas por escurrimientos y lechos de ríos, a buena distancia de una sierra nevada generosa en lluvias y manantiales, con gran poblamiento de indios que, una vez sometidos, construirían las ciudades y trabajarían los campos, incluso de cultivos desconocidos para ellos. Situada a medio camino del

juenas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y pueden haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, también concertado, como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de Africa no se le iguala». *Ibidem*, pp. 86-87.

⁴ Estas consideraciones se hizo el capitán general cuando decidió fundar la nueva ciudad, donde ya existía, atribuyéndole nuevas facultades: «Después de haber pacificado lo que de toda esta provincia de Tepeaca se pacificó y sujetó al real servicio de vuestra alteza, los oficiales de vuestra majestad, y yo platicamos muchas veces la orden que se debía de tener en la seguridad desta provincia, y como están en el camino y paso por donde la contratación de todos los puertos de la mar es para la tierra dentro, y considerando que si esta dicha provincia se dejase sola, como de antes, los naturales de la tierra y señorío de Culúa, que están cerca de ellos, los tornarían a inducir y atraer a que otra vez levantasen y rebelasen... y cesaría la dicha contratación, mayormente que para el camino de la costa de la mar no hay más que dos puertos muy agros y ásperos, que confinan con esta dicha provincia, y los naturales de ellas podrían defender con poco trabajo suyo. E así por esto como por otras razones y causas muy convenientes, nos pareció que, para evitar lo ya dicho, se debía hacer en esta dicha provincia de Tepeaca una villa en la mejor parte della, adonde ocurriesen las calidades necesarias para los pobladores della. E poniéndolo en efecto, yo en nombre de vuestra majestad puse nombre a la dicha villa, Segura de la Frontera». *Ibidem*, pp. 181-182.

⁵ Considerando este proyecto, el mismo Cortés hizo un cálculo sobre las bondades del terreno señalando a Cholula como «la ciudad mas a propósito de vivir españoles que yo he visto de los puertos de aca, porque tiene algunos baldíos y aguas para criar ganados, lo que no tienen ninguna de cuantas hemos visto...» *Ibidem*, p. 95. Sin embargo, como es sabido, este modelo fue ensayado en Puebla situada a tantas leguas de Tepeaca como de aquella.

gran valle de Tenochtitlan y las tierras bajas de la Vera Cruz, esta nueva ciudad ofrecía las condiciones para desarrollar una nueva territorialidad.

Aun cuando la apropiación del espacio hubiera llevado una década, a partir de los ojos militares en su tránsito a la gran guerra contra Moctezuma, los españoles fueron descubriendo y bautizando tierras y hombres, esto es, nombrando y ordenando su conocimiento de lo ignoto por medio de un pensamiento analógico.⁶ La descripción era, simultáneamente, una apropiación y una evocación de su mundo como sistema de referencia. La castellanización de los nombres nahuas, la identificación de hombres, animales y frutos con los conocidos o imaginarios fue el ejercicio del conocimiento que fue creando, a la vez que un nuevo mundo imaginario, una nueva literatura de realismo histórico.⁷

De la conquista exitosa de Cortés, referida puntualmente por él mismo y por su capitán, Bernal Díaz, a las expediciones radiales que produjo la toma de Tenochtitlan mediaron años de aventuras y fracasos, incluso del propio capitán general. Así, la persecución del imaginario mundo de amazonas y ciudades doradas —Cíbola y Quiviría— magnetizaron a olas sucesivas de soldados y evangelizadores. Así, el paisaje del altiplano fue cediendo lugar a otro menos humano y más agreste; de las culturas urbanas y sofisticadas del vaso lacustre a los indios ariscos y belicosos de Colima y la Nueva Galicia; de los maizales de Cholula y Tepeaca, las terrazas de Xochimilco o las tierras húmedas de Chalco, a los bosques, llanos y tierras baldías del occidente y el norte.

La afanosa búsqueda de metales hacia la costa del mar del Sur o hacia las áridas «montuosidades» del norte chichimeca representaron otra ampliación del espacio conocido. Así lo mandó Cortés en persona de su primo don Francisco Cortés de Buenaventura, quien conoció la porción occidental y marchó al

⁶ «La idea de la correspondencia universal —nos dice Octavio Paz— es probablemente tan antigua como la sociedad humana. Es explicable: la analogía vuelve habitable el mundo. A la contingencia natural y al accidente opone la regularidad; a la diferencia y a la excepción, la semejanza. [...] La analogía es el reino de la palabra como, ese puente verbal que, sin suprimirlas, reconcilia las diferencias y las oposiciones». *Los hijos del limo*, Barcelona, 1981, p. 102.

⁷ «El espacio americano —afirma Florescano— perdió sus connotaciones indígenas tan pronto como el conquistador lo comenzó a redescubrir y clasificar bajo conceptos geográficos y cartográficos propios. [...] Este registro diligente constituye una apropiación de naturaleza por la escritura, un proceso que al describir, nombrar y clasificar esa naturaleza descifrada, asimilada y memorizada en términos europeos. Y este lenguaje, a la vez que permitió al conquistador hacer suyo un medio natural hasta entonces ajeno y misterioso, creó un extrañamiento entre esa naturaleza y el indígena, a quien en adelante le resultará incomprensible el lenguaje que la nombra, el sistema que la clasifica y el uso de la explotación que se imponen sobre ella». *Memoria mexicana*, cap. III, pp. 96-97. Ver, también, el estudio de J. Joaquín Blanco, *La literatura en la Nueva España*, México, 1989, pp. 17-46.

noroeste buscando la Amazonia.⁸ Pero fue el controvertido Nuño de Guzmán quien nombró y destruyó el paisaje social del occidente, haciendo la guerra, sometiendo y trasladando pueblos, herrando indios y fundando aldeas.⁹

El tránsito fue, a la vez que conocimiento, depredación. Sin otras ciudades, la destrucción de poblados cambió también el paisaje. La despoblación eliminó caseríos, dejó incultos campos, suprimió el movimiento continuo de tratantes, subió a los indios a las sierras desde donde observaron azorados las columnas de humo que iban dejando los españoles a su paso. Desde el preciso momento de la incursión, el paisaje físico y social se vio modificado.¹⁰

Así, donde algunas aldeas se perdían en los valles extendidos de Compostela y Ameca, por ejemplo, se mandaron edificar ciudades, con su convento, iglesia y casas reales. El éxito del altiplano contrastó con la frugalidad y pobreza de la ocupación occidental, pese a que también se le nombró reino de la Nueva Galicia, se le dotó de Audiencia y Obispado, caja real y autoridad militar.¹¹ El contraste marca la diferencia de los proyectos de

⁸ «... porque soy informado —diría Cortés— que la costa abajo que confina con esta dicha villa (Culima) hay muchas provincias muy pobladas de gente, donde se sabe que hay muchas riquezas; y que en cierta parte della hay una isleta poblada de mujeres, sin ningún varon, las cuales diz que tienen en la generación aquella manera que en las historias antiguas se escribe que tenían las Amazonas, y que por saberse la verdad desto y de lo demás que hay en la dicha costa [...] y con mucho concierto seguiréis el camino de la dicha costa abajo para saber el secreto de lo susodicho» en «Instrucción civil y militar de Hernán Cortés a Francisco Cortés para la expedición de la costa de Culima» José Luis Martínez (editor), *Documentos cortesianos*, tomo II, México, 1990, pp. 311-312.

⁹ «Viendo Nuño de Guzmán —nos refiere en su crónica el padre Tello— que aquella florentissima Provincia estaba poblada de ynfinitos pueblos de yndios, queriéndola para sí, la puso por nombre La Nueva España la Mayor, a emulación del Marqués del Valle Don Fernando Cortés, que llamo a lo descubierto hasta entonces Nueva España, y afirmaba ser mayor su conquista y de mayores tierras que las que Cortés había conquistado, todo a fin de disminuir sus glorias». *Crónica miscelánea de la Sancta provincia de Xalisco, Guadalajara*, 1968, p. 154.

¹⁰ Cuenta el padre Tello, quien no simpatizaba con Nuño, que la depredación de las huestes de los conquistadores tuvo un impacto catastrófico en otros pueblos: «Como estuvo Nuño de Guzmán tanto tiempo en el pueblo de Etzatlán y su Provincia, consumieron de tal suerte los bastimentos que no los podían sustentar, y porque no les daban de comer, los del exercito empezaron a fatigarlos, maltratarlos y a destruirlos y a quemar sus pueblos los yndios tarascos, sus enemigos, sin que a Nuño se le diese nada de esto... y viendo Guzmán que los pueblos se despoblaban, llamo a Juan de Escarcena, su encomendero, y le preguntó que qué era la causa por que los pueblos se despoblaban a que respondió Escarcena: Señor Gobernador, cáusalo Vuestra Señoría y el grueso campo que trae de tanta gente, porque ya no le pueden sustentar, porque no tiene cosa alguna que les dar, y porque por esta causa, los (indios) amigos hacen daño y asuelan y queman a los yndios en sus pueblos, y Vuestra Señoría se está tan de asiento en un pueblo de estos, con tanta gente de guerra, como si fuera Tlaxcallan; y así, no lo pudiendo sufrir, se van a meter en la laguna unos y otros a esconderse en las serranías». *Ibidem*, pp. 129-130.

¹¹ Desde la fundación de Compostela don Nuño quiso superar a Cortés, atribuyendo gran boato a sus ceremonias como lo refiere el incisivo padre Tello: «... hicieron todos juramento solemne en manos del Cura, de no desamparar la ciudad sin expresa orden de Su Majestad o del Gobernador (Guzmán), el cual les entregó las mercedes y franquezas que la Reyna concedió a la nueva Ciudad.

asentamiento americano: la ocupación del espacio económico indígena, por una parte, y la búsqueda de una riqueza fácil aunque efímera, por la otra, en las proverbiales ciudades doradas del norte.

Una vez discurridas las expediciones de exploración, la necesidad de buscar valles fértiles, climas sanos, fuerza de trabajo abundante y servicial, fue el propósito central de la ocupación del espacio americano. Los españoles debieron, también, (re)crear su agricultura y ganadería, reproducir sus rutinas sociales de intercambio y, sobre todo, sedimentar su ocupación aclimatando plantas y bestias de Europa y adoptando los gustos del nuevo mundo.

Por tanto, el éxito de la ocupación dependía de formar esa nueva territorialidad que les permitiera crear una nueva base alimentaria que favoreciera, gracias a los intercambios a distancia, el abastecimiento de los expedicionarios y, años más tarde, de localidades mineras. Así pues, se creó un mercado de alimentos y su producción en granjerías españolas trabajadas por indios de repartimiento, que permitieron crear los excedentes alimentarios que la creciente demanda solicitaba.¹²

Esta apropiación del paisaje, apreciable en los testimonios de época, es también criterio para la constitución de una nueva economía local y, por ello, conviene establecer la relación entre modelos diferentes, e incluso antagónicos, de nuevas fundaciones. Distinguir, acaso, aquellos en que la fuerza de lo precedente marcó la continuidad social del nuevo territorio, como Cholula, o bien, los experimentos de mestizaje agrícola, como en Tepeaca, o la ocupación de tierras fértiles y disminuidas de naturales con el modelo de la gran propiedad española, como Ameca o, por último, la fundación de una ciudad española, como Compostela, dotada de títulos, pero desprovista de medios de crecimiento económico.¹³

Alabada de fundar la ciudad de Compostela, hizo edificar Nuño de Guzmán una yglesia con título de el apostol Santiago, y puso en su altar mayor un crucifixo grande y una ymagen de Nuestra Señora... y luego trató con los religiosos de nuestra orden fundasen un convento... El Gobernador con los de a caballo y ynfanteria, se pusieron en forma de esquadron que va marchando apelear con los enemigos al son de atambores y pífanos, tendidos los estandartes y enarbolando el real con las banderas de la ciudad de Compostela de nuestra España... Pregonándose las mercedes que Su Majestad hizo a aquella Ciudad y Reyno con título de Nueva Galicia y Compostela, mandando con las más duras penas que ninguno fuesse osado a contravenir títulos tan honrosos a Compostela y Nueva Galicia, los quales hasta estos tiempos goza». *Ibidem*, pp. 296-297.

¹² Enrique Florescano, «Formación y estructura económica de la hacienda en Nueva España» en Bethel editor. *Historia de América Latina*, volumen 3, Barcelona, 1990, pp. 107-115.

¹³ «Vuestra Majestad ha de saber—escribieron los vecinos de Compostela en 1543—que entre la ciudad de Compostela y la Villa de San Miguel, hay un desierto de más de noventa o cien leguas, en este despoblado, en tiempo en que Nuño de Guzmán tuvo a cargo esta Gobernación, hubo una plaga que se llamó del Espíritu Santo, la qual se despobló porque los vecinos padecían muy gran

En todas ellas, el dibujo del paisaje de los conquistadores contrasta con las noticias de los cronistas que las vieron crecer o desvanecerse y, asimismo, con la visión sistemática de los diligentes alcaldes mayores que tras medio siglo de ocupación española constataron los mestizajes agrícolas, las desventuras de colonos y naturales, los cambios en el rostro de la tierra y los hombres. Pero sólo mediante las relaciones geográficas finiseculares, la Corona y sus funcionarios virreinales se formaron un juicio de las potencialidades del territorio y de la textura de la realidad, una vez que el ensueño de la conquista había cedido ante la política de ocupación para largo tiempo. Por ello, el confrontar visiones nos permitirá aproximarnos a esta modificación del paisaje que, a la vez que era depredado, era construido.

Apropiación y cambio del paisaje americano: la ocupación agrícola de la tierra y el nuevo mercado de alimentos

Como lo ha explicado Chevalier, la expansión española en las nuevas tierras fue conducida por exploradores, conquistadores y ganados. En efecto, la doble ocupación del territorio —agrícola y ganadera— significó un enorme cambio en la ecología y la sociedad de la época: así como se aclimataron las plantas europeas, los ganados se reprodujeron espectacularmente y extendieron la frontera de la ocupación sedimentándose en las estancias.¹⁴ Mientras los exploradores penetraron y rompieron la tierra buscando los filones de plata y los conquistadores lucharon por hacer valer frente a la Corona sus derechos de conquista sobre la tierra, el ganado fue desmontando el camino hacia nuevas tierras.

En el altiplano central la depredación de cultivos indígenas por el ganado de los españoles fue causa de litigios, mientras que en las llanuras del norte y en las tierras bajas y cálidas de los litorales las cabezas se multiplicaron sin más medida que su propia capacidad de sobrevivencia. Los errantes naturales de esas tierras se volvieron «carnívoros», los españo-

... —
necesidad, a causa de la suma pobreza que tenían los yndios, y no les daban con que pudiesen sustentar... suplicamos mande al Gobernador de esta Provincia, que pueble una villa donde primero debia estar la del Espiritu Santo, y a los veçinos que la fueren a poblar, Vuestra Magestad nos haga merçed de conçeðelles algunas libertades y que los yndios que les dieren en repartimiento sean perpetuos, porque desta suerte se hallarán españoles que quieran poblar y atraer, en conoçimiento de la fee cathólica, los naturales, de que se sigue mucho provecho y serviçio a Dios Nuestro Señor», en Thomas Calvo (compilador), *Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII*, Colección de Documentos para la historia de Nayarit, México, 1990, p. 62.

¹⁴ François Chevalier, *La formación de los grandes latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*, México, 1976, pp. 137-150.

les de los primeros asentamientos tuvieron que suplir el pan de Castilla con las tortas de maíz, por lo menos hasta que no lograron aclimatar el trigo. Así, los precios de los alimentos en el siglo XVI dieron cuenta de la expansión de una nueva dieta, española y mestiza.¹⁵

El trigo y el maíz simbolizan esta relación, ya que mientras el primero es la base alimenticia de los naturales, el segundo es característico de la ocupación española, que, además, requiere de animales de tiro para su trabajo, riego para su crecimiento y abono para su rendimiento.¹⁶ La agricultura intensiva indígena, característica de una sociedad sin animales de trabajo ni conocimiento de fertilizantes, pese a sus grandes rendimientos se mantenía en equilibrio ecológico con el entorno, condicionando la vida de los pueblos.¹⁷ Si bien el maíz es cultivable casi a cualquier altura, clima y tipo de suelo, los rendimientos del mismo condicionaron los asentamientos.¹⁸ La introducción de animales y nuevos cultivos rompió esa armonía: ya que si bien potenció la producción de alimentos incorporando al policultivo maicero nuevas hortalizas, ensayando nuevas técnicas de roturación de la tierra en su cultivo, conduciendo el agua a través de zanjas y bordos, entre otras novedades, también desecó lagos, taló bosques, arrasó selvas y praderas.¹⁹

La conformación de la nueva demanda alimentaria de las ciudades significó un gran impulso a la nueva agricultura que se apreció en el dibujo del paisaje contiguo a las ciudades. La aparición de huertas en los solares, la introducción de hortalizas en los maizales, el desplazamiento del maíz de las mejores tierras por el trigo, la multiplicación de los animales domésticos —cerdos, gallinas de Castilla y de la tierra, principalmente— y la aparición del ganado menor como cría sistemática fueron reflejo de este proceso.²⁰

El nuevo sistema de mercadeo mantuvo las rutinas de los naturales —los tianguis— e introdujo otros hábitos colectivos: la moneda corriente y su fragmentación sistemática, una nueva metrología que cambió el sistema de

¹⁵ Vid W. Borah y S. Cook, «Tendencias de los precios de algunos artículos básicos en el centro de México, 1531-1570» en *El pasado de México: aspectos sociodemográficos*, México, 1989, pp. 290-342.

¹⁶ Fernand Braudel, *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, 1974, pp. 85-116 y 127-131.

¹⁷ Teresa Rojas Rabiela, *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*, México, 1988, pp. 73-121.

¹⁸ John Super, *Food, Conquest and Colonization in Sixteenth-Century Spanish America*, Albuquerque, 1988, pp. 14-23.

¹⁹ Antonio García de León: «De mozos, hierros y ganados (La ganadería chiapaneca como una permanencia conflictiva)» en *Ensayos*, vol. II, no. 7, pp. 42-59.

²⁰ Vid John Super: «La formación de regímenes alimentarios en América Latina durante la época colonial» en J. Super y T. Wright (compiladores), *Alimentación, política y sociedad en América Latina*, México, 1989, pp. 20-30.

equivalencias, un movimiento ascendente de precios condicionante de los cultivos, un acaparamiento privado de existencias, un movimiento a distancia de los granos y las escalas de las transacciones. En general, los cambios asociados a la conformación de un mercado alimentario que junto con las manufacturas de la tierra y fuerza de trabajo, constituía el nuevo escenario de los intercambios.²¹

Así, entonces, la modificación del paisaje agrícola no solamente se explica por la introducción de nuevos cultivos, o por la adopción y generalización de nuevas técnicas, sino también por la aparición de una nueva calidad de demanda que precede al sustantivo cambio de cantidad que representó el auge de la minería norteña. Esa modificación de los paisajes y la aclimatación de los cultivos, huertas y hortalizas, precedió a la expansión de la nueva economía minero-mercantil.²²

La formación de una nueva territorialidad española: condicionante de la sociedad rural regional

Se ha investigado y discutido mucho desde el libro de Chevalier sobre la naturaleza y características de las nuevas unidades territoriales —particularmente de la hacienda— que resultaron de la conquista de tierras en Nueva España.²³

Si bien aquel trabajo fundacional de la historiografía rural mexicana contemporánea ha sido enjuiciado y matizado en su modelo fundamental —la gran propiedad agraria extensiva, autoconsuntiva, acaparadora de tierras y pueblos, recursos y fuerza de trabajo, poblada de ganados y dominada por poderosos señores de la tierra— sigue manteniendo su consistencia, aún cuando no puede ser generalizable a todas las regiones del reino.

La importancia que para la época tuvo el factor geográfico fue puesto de relieve por el propio Chevalier en su investigación: el medio ambiente favoreció, demoró o restringió la ocupación sustantiva del nuevo territorio.²⁴ Sin embargo, la necesidad de los colonizadores por crear una nueva territorialidad económica chocó con la política regalista que reglamentó los derechos del acceso a la misma.²⁵ En efecto, contrastando con la adjudicación

²¹ W. Borah y S. Cook, *op. cit.*, pp. 299-304.

²² Peter Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial, Zacatecas 1546-1700*, Madrid, 1976, pp. 46-65.

²³ Vid Eric Van Young, «La historia rural de México desde Chevalier: historiografía de la hacienda colonial» en *Historias*, número 12, México, 1986.

²⁴ Chevalier, *op. cit.*, pp. 31-36.

²⁵ Vid Carlos Bosch, *Sueño y ensueño de los conquistadores*, México, 1987, pp. 45-51.

prácticamente ilimitada de tierras del norte «vacío», en el centro de México, densa y diversamente poblado por pueblos indígenas que negociaron y defendieron sus derechos a la tierra y a la administración del trabajo colectivo, la formación de esa territorialidad española discurrió por caminos sinuosos. Así, quizás Tlaxcala sea ejemplo de un modelo complejo y contradictorio de apropiación española del territorio sujeto a negociación y conflicto, asimilación y cambio.²⁶ Sin embargo, esa fue la línea de continuidad que en el siglo XVI señalara el curso de la ocupación agrícola y la multiplicación de los intercambios. En otras regiones, contrariamente, la adjudicación de tierras y el repartimiento de indios laboriosos no fue suficiente para constituir esta territorialidad porque no fue seguida de la expansión de un mercado urbano. En la Nueva Galicia, según Chevalier, el reparto de tierras entre conquistadores y funcionarios de la Audiencia llevó a la distribución de casi toda la tierra relativamente controlada.²⁷ Sólo con el descubrimiento y explotación de las minas de Zacatecas la ocupación de la tierra, su cultivo o el pastoreo de rebaños cobró algún sentido económico. Sin embargo, el espacio rural no logró articularse horizontalmente en una red de cultivos e intercambios entre sus distintos ambientes naturales, ya que siguió dominando la ganadería extensiva y los cultivos se localizaron en valles fértiles, pero sin grandes concentraciones de población.

Ameca, al occidente de Guadalajara, constituyó tempranamente el modelo de ocupación española del suelo con la adjudicación de tierras por merced, sucesiva formación de mayorazgos e introducción sin limitaciones de las técnicas y rutinas de cultivo español: combinó la agricultura de humedad con los huertos y la ganadería.²⁸ Pero también su significación económica cobró importancia sólo cuando se explotaron las minas de Guachinango. A diferencia de Compostela, empero, la suerte económica del valle mejoró conforme avanzó el siglo. Así, las extracciones de granos y

²⁶ «Para formar una territorialidad agraria bajo pleno dominio de los colonizadores —nos dice ven. pat. Assadourian— el gobierno virreinal consintió en la rotura del sistema indígena de derechos sobre la tierra, sustituyendo ciertos preceptos fundamentales por un conjunto de nuevas prácticas de las al código europeo». Con lo cual, se permitió el desarrollo de un mercado de tierras, incluso en el seno de espacios densamente indígenas, como Tlaxcala. Vid «El mercado de tierras en la formación de la territorialidad española» en Andrea Martínez y C. S. Assadourian, *Tlaxcala, una historia compartida*, tomo 10, pp. 13-32. Tomamos de Assadourian, para nuestros espacios de análisis, el concepto de territorialidad y la problemática de la apropiación de tierras.

²⁷ Chevalier, *op. cit.*, pp. 204-209.

²⁸ Jesús Amaya, *Ameca, protofundación mexicana*, Guadalajara, 1983, pp. 103-227. En este peculiar estudio se incluyen todas las noticias heráldicas de los españoles que lograron mercedes en la región durante los siglos XVI y XVII.

ganado favorecieron la expansión de los cultivos, y la cría de vacunos fomentó el trabajo de cueros y sebo para las minas.

En suma, el proceso contradictorio de formación de una nueva territorialidad en el siglo XVI fue definiendo los contornos de la economía rural regional, las modificaciones en el paisaje son la evidencia que a los ojos de los testigos aparecieron como el cambio mismo: la formación de la nueva economía.

Transformación y crisis del paisaje demográfico: la despoblación indígena y la ocupación española

En la empresa de conquista, la destrucción de la población indígena se convirtió en una imagen recurrente: de los partes militares de Cortés, sus *Cartas de Relación*, a las relaciones de 1580 de los alcaldes mayores, toda la crónica de la época hace referencia a la veloz desaparición de naturales. Salvando la discusión sobre las dimensiones cuantitativas de la catástrofe, podemos convenir en que cualquiera que haya sido su proporción significó un drástico cambio en el paisaje social.²⁹ Esta apreciación de la «destrucción de las Indias», como le llamara el obispo de Chiapas, dejó una profunda huella en las imágenes colectivas de la época, pero también en la disposición de los pueblos y la textura de las tierras.

Como se sabe, la agricultura de los antiguos se sustentaba en el uso extensivo de la fuerza de trabajo y en el cultivo intensivo basado en la fertilidad natural de la tierra —ya fuera en cauces de ríos, ciénagas o en terrazas lacustres—, con lo que se logró alimentar grandes ciudades y el tejido de aldeas y pueblos tributarios que circundaban los centros de poder de los señoríos. Sin embargo, la ausencia de animales de tiro, la carencia de metales duros en la roturación de la tierra, el desconocimiento del abono animal, entre otros factores limitantes, tendió un techo a la oferta alimentaria aunque no llegó a amenazar el crecimiento poblacional. La caída demográfica, por ello, no tenía precedente en la memoria colectiva de los naturales: la guerra ritual, las migraciones cíclicas o el sacrificio ceremonial formaban parte del equilibrio cósmico de la población y el ambiente natural.³⁰ Pero la muerte colectiva, como destrucción social, es una revelación de la conquista.

En efecto, el saldo militar de la ocupación —guerras y abandono de pueblos— no se comparó con la fuerza destructiva de las epidemias que la

²⁹ Vid Woodrow Borah, «El siglo de la depresión en Nueva España» en Borah y Cook, *op. cit.*, pp. 219-221

³⁰ Vid Florescano, *Memoria mexicana*, pp. 68-70.

acompañaron: sarampión, *matlazahuatl* y viruelas, entre las más notorias.³¹ Abonaron en su agudización, también, el nuevo régimen de trabajo y los abusos correctivos de los españoles frente a las sublevaciones tempranas. De la empresa destructiva de la conquista hubieron de lamentarse hasta los aliados de Cortés, pero también los propios soldados que confesaron los atropellos de caballeros de armas como don Nuño de Guzmán.³² Así, también las pestilencias castigaron ciudades y despoblaron los campos: Cholula fue un ejemplo trágico de ello.³³

Tanto las crónicas militares como los informes de fines de siglo enfatizan la gran mortandad de naturales como inevitable, ya fuera por «guerra justa» o por desgracia biológica. Sin embargo, en ellos se soslaya la presión sobre la tierra que introdujeron los españoles y de la que el despoblamiento fue una consecuencia, hasta convertirse en un problema de todos: la Corona perdió tributarios, las órdenes religiosas vieron reducida su doctrina y la nobleza indígena y los españoles prescindieron de macehuales y laboríos. Esta ruptura en el ciclo biológico de la sociedad indígena creó, a la vuelta de un siglo, un nuevo perfil demográfico donde la caída de la población natural se encuentra con el aumento de la población blanca.³⁴

Cabría preguntarse, entonces, si la productividad agrícola de la nueva economía hubiera podido abastecer la demanda de una población indígena menos vulnerada, además del nuevo mercado que demandaron las ciudades y, más tarde, las minas. Invitando a la ficción podríamos sugerir que invirtiendo la hipótesis Chevalier-Borah, donde al vacío de la población indígena correspondió el desarrollo de la gran propiedad rural, el proceso de constitución de esa territorialidad española hubiera sido más lento y el mercado hubiera tropezado con las estructuras redistributivas de la comu-

³¹ Vid Fernando Ocaranza, «Las grandes epidemias del siglo XVI, en la Nueva España» y de Herman Somolinos «Las epidemias en México durante el siglo XVI» en Enrique Florescano y Elsa Malvido (compiladores), *Ensayos sobre la historia de las epidemias en México*, México, 1982, tomo I, pp. 101-213.

³² Esta imagen traducen los documentos de los juicios de residencia a Cortés y a Nuño de Guzmán. Vid «Información promovida por Diego Velázquez contra Hernán Cortés» en José Luis Martínez, *op. cit. supra*, pp. 170-209 y sobre Guzmán, la compilación documental de José Luis Razo Aragoza, *Crónicas de la Conquista del Nuevo Reyno de Galicia*, Guadalajara, 1963.

³³ Véase el minucioso estudio de Elsa Malvido, «Efectos de las epidemias y hambrunas en la colonización colonial de México (1519-1810). El caso de Cholula» en E. Florescano y E. Malvido, *op. cit.*, p. 174-194.

³⁴ Borah sostiene que esta caída supuso un cambio irreversible en la estructura demográfica del reino señalando que la recuperación indígena no ocurriría sino hasta el siglo XVII, mediada por un aumento sustantivo en la población global gracias al mestizaje de sangre. Vid «El siglo de la presión», *op. cit.*, pp. 216-221.

nidad campesina indígena, por tanto, la despoblación formó parte constitutiva de ese proceso de formación de la territorialidad española a la que, en cierto modo, respondió.

Por otra parte, la internación europea en las distintas regiones de Nueva España no significó, demográficamente hablando, una compensación numérica, pero sí una modificación sustantiva en la organización espacial y social de la economía rural, y también cultural. Así, los primeros labradores e introductores de ganados, en conjunto con mineros y tratantes, crearon una nueva relación entre sí y con los naturales en el proceso de constitución de esa territorialidad económica y cultural española.³⁵

Factores activos de los modelos locales de ocupación del suelo: inventario y comparación

Los modelos de ocupación del territorio agrícola y constitución de mercados de alimentos variaron en relación con factores determinantes, a saber: el nivel de desarrollo y amplitud espacial de la agricultura indígena y la aclimatación de la española, la calidad y diversidad ecológica del entorno, la importancia y distribución demográfica de la fuerza de trabajo indígena y, particularmente, la relación entre agricultura y mercado, impulsada o contraída por demandas suplementarias al mundo rural.

Las relaciones geográficas del siglo XVI, particularmente las debidas a la Instrucción de 1577, nos permiten reconstruir el paisaje y los rasgos fundamentales de esta nueva territorialidad en formación.³⁶ No intentamos, sin embargo, reconstruir una geografía histórica de localidades pero sí tomar el encuadre de los contemporáneos para documentar nuestra hipótesis sobre la formación de esa territorialidad.³⁷ Hemos elegido para ello cuatro localidades distintas, Ameca y Compostela en Nueva Galicia y

³⁵ Esta textura se aprecia en los primeros pobladores europeos que fundaron Puebla, mismos que en un 70 por ciento eran andaluces (38 por ciento), extremeños (23 por ciento) y castellanos viejos (10 por ciento), así como los llegados con Nuño de Guzmán a una Nueva Galicia sin gallegos ya que eran en su mayoría castellanos viejos (25 por ciento) y andaluces (23 por ciento), pero también extremeños (18 por ciento) y castellanos nuevos (10 por ciento) como él. *Vid* Peter Boyo-Bowman, *Indice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles en América en el siglo XVI*, tomo II, México, 1968, p. XXVI.

³⁶ Sobre la historia de la fuente veáanse los trabajos pioneros de Alejandra Moreno, *Geografía económica de México, siglo XVI*, 1968, y «Técnicas de encuesta en el siglo XVI: las relaciones geográficas de 1580» en J. Martínez Ríos (compilador), *La investigación social de campo en México*, 1976.

³⁷ La investigación de Alejandra Moreno ensaya, sugerentemente, una lectura de la masa documental con método de apreciación global de la fisonomía geográfica y social de la época. Siguiendo una sugerencia del propio texto, ensayamos un micro-análisis regional comparado, tomando su matriz de factores para «cruzar» la información cualitativa.

Cholula y Tepeaca en Puebla-Tlaxcala, dos espacios regional e históricamente separados, identificados, quizás, por haber sido «conocidos» por los conquistadores y creados o «transformados» de acuerdo con el nuevo proyecto de fundación territorial hispana.³⁸

Es una virtud de la fuente su carácter sistemático, no sólo porque inquiere sobre temas precisos, sino porque refleja las áreas de interés de la administración imperial. Representan, por ello, un código lingüístico e ideológico de lo que ésta perseguía (la idolatría y la antropofagia), lo que se pretendía construir (una nueva organización espacial, asignación de tierras y recursos) y lo que había discurrido por cuenta propia tras medio siglo de ocupación del territorio.³⁹

En otro sentido, la autenticidad de las imágenes del pasado indígena ha sido puesta en duda por Serge Gruzinski, aún reconociendo su validez y originalidad temática en, por ejemplo, la catástrofe demográfica.⁴⁰

Nuestro modelo de ocupación, al sustentarse en el discurso impresionista de conquistadores, cronistas y funcionarios, no aspira a la precisión, sino a una apreciación del problema de la nueva textura territorial de la ocupación, como un ejercicio inicial. Se trata, pues, de evaluar detrás de los distintos discursos el peso de las palabras en la época, calificar y considerar los ánimos que reflejan el conocimiento a golpe de ojo y su transformación con el ordenamiento sistemático de imágenes e impresiones que testificaron la continuidad o el fracaso temprano en la formación de la territorialidad hispana.

El paisaje, como combinación primaria, revela las identidades y peculiaridades de nuestro encuadre: cuatro ciudades sobre los mil metros, reformadas en su arquitectura o trazadas con el modelo reticular hispano,⁴¹

³⁸ Hemos utilizado las Descripciones de don Antonio de Leyva sobre Ameca (1579), don Lázaro Blanco sobre Compostela (1584), don Gabriel de Rojas sobre Cholula (1581) y don Francisco de Molina sobre Tepeaca (1580). Trabajamos, particularmente, las recientes ediciones de René Acuña. *Relaciones geográficas del siglo XVI*, volúmenes 5 (Tlaxcala) y 10 (Nueva Galicia).

³⁹ «Interés cartográfico, interés demográfico [comenta Alejandra Moreno]. Además de estos intereses originales manifiestos en las preguntas del cuestionario existe el interés fundamental por conocer la situación económica de los poblados, sus posibilidades de desarrollo, por medir las transformaciones que había sufrido la realidad americana con las aportaciones introducidas por los españoles» *Op. cit.*, 1976, p. 60.

⁴⁰ «La explicación de la mortalidad mediante el derrumbe de las normas —reconoce Gruzinski— constituía un enfoque particularmente original, aun cuando el pensamiento nahua establecía ya relaciones entre armonía cósmica, social y el estado de equilibrio garantizado por la salud física». Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español siglos XVII-XVIII*, México, 1991, p. 92.

⁴¹ Esa traza reticular se dibuja para la nueva Cholula, españolizada en su traza central, mientras que de Tepeaca informa la *Relación*: «esta ciudad está asentada en un llano muy alegre, al pie del dicho cerro (Tlilteque). Tiene una plaza en cuadra muy graciosa y, en ella, la d(ic)ha fuente

ravorecidas por un terreno llano circundado por monterío o cortado por barrancos, con un régimen regular o abundante de aguas, fértil, con temperamento de húmedo a seco, una escala de climas estacionales de cálido a frío,

Cuadro 1. Paisaje local según las relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
PUEBLOS	sin dato	10	10	3
ALDEAS	—	tecosquines	—	60
JAGUEYES	no hay	id.	id.	usan
LUGUNAS	no hay	id.	id.	una
LLUVIAS	temporal	abundantes	id.	id.
MANANTIALES	—	muchos	—	estéril
PASTOS	abundantes	abundosa	falta	buenos
RIOS	uno	id.	no tiene	id.
CLIMA	cahiente	templado	id.	frío
TEMPERAMENTO	húmedo	id.	id.	seco
TERRENO	valle llano	llano	llano y raso	llano
TIERRA	muy fértil	fértil	toda cultivada	fértil
VIENTOS	sanos	mansos	saludables	—
CAZA	abundante	alguna	—	hay
PESCA	mucho	—	—	id.
CULTIVOS	abundantes	id.	id.	id.
HORTALIZAS	todo género	—	danse muy bien	abundan
MOLINOS	hay	—	—	—
ESTANCIAS	hay	—	—	—
HUERTAS	pocas	—	—	hay
BOSQUES	hay	—	—	abundosos
GANADERIA	hay	abundante	—	alguna
MINAS	las hay	de muchas vetas	no hay	id.
SALINAS	no hay	hay	no hay	id.
PLAZAS	hay	id.	id.	id.
TRAZA URBANA	hay	id.	id.	id.
CASAS ADOBE	todas	hay	id.	id.
NUCLEAR	traza urbana	id.	id.	id.
DISPERSO	laderas	entre sierras	—	—
COMERCIO	—	hay	gran	id.

Fuente Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

con pastizales y bosques, ríos y escurrimientos, vientos sanos y mansos, abundantes en cultivos, dotados de hortalizas, con ganados mayores algunos y menores otros e, incluso, con caza y pesca (ver cuadro 1).

y pilas de agua, y un rollo que es a manera de torrejón de fortaleza. Las calles de esta ciudad son muy bien trazadas, anchas y muy llanas, y toda la traza de la ciudad mira al sol; de forma de que en saliendo la cubra toda. [...] Viven en esta ciudad sesenta v(ecin)os españoles, los cuales no tienen calle conocida, sino (que) viven repartidos en la traza de la d(ic)ha plaza». *Op. cit.*, p. 235.

Cuadro 2. La agricultura local según las relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
CLIMA	caliente	templado	id.	frío
TEMPERAMENTO	húmedo	id.	id.	seco
TIERRA	muy fértil	fértil	toda cultivada	llana
CULTIVOS	abundantes	id.	id.	id.
cañao	—	abundante	—	—
caña dulce	—	alguna	—	—
cebada	se da bien	id.	—	muy bien
chita	hay	—	hay	id.
chile	siembran	—	hay	id.
tríjol	siembran	hay	id.	id.
garbanzo	siembran	—	—	en cantidad
habas	siembran	hay	—	en cantidad
maíz	se da bien	abundante	—	en cantidad
trigo	se da bien	abundante	—	bastantísimo
HORTALIZAS	todo género	—	danse muy bien	abundan
ajos	—	—	se dan bien	hay
calabaza	hay	id.	id.	—
cebada	se da bien	—	—	—
cebollas	—	—	se dan bien	hay
coles	venden	—	se dan bien	hay
lechugas	venden	—	se dan bien	hay
melones	venden	—	—	—
cebos	—	—	se dan bien	—
pepinos	venden	—	—	—
rábanos	venden	—	se dan bien	hay
zanahorias	—	—	se dan bien	—
FRUTALES				
ahuacates	hay	—	hay	—
albaricoques	—	—	gran cantidad	—
espulmes	—	—	hay	id.
cañadras	se dan bien	—	—	—
ciruelos	hay	—	—	—
duraznos	no se dan	—	muchos buenos	danse bien
granadas	se dan bien	—	danse	—
guamuchil	hay	—	—	—
guayabos	hay	—	—	—
higueras	se dan bien	—	danse	—
limas	se dan bien	abunda	algunos	—
limones	se dan bien	abunda	—	—
melocotones	—	—	gran cantidad	—
membrillos	—	—	danse	muy bien
naranjos	se dan bien	abunda	algunos	—
nopales	—	—	abundan	abundan
perales	no se dan	—	gran cantidad	danse bien
platanos	algunos	muchos	—	—
tunas	—	—	hay	hay
zapotes	no se dan	—	dánse	—
zapotes	hay	—	—	—

Fuente Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

De la misma manera, mientras los soportes naturales de la agricultura local permiten su identificación los cultivos nos refieren el perfil social del paisaje: la densidad indígena del altiplano se expresa en la abundancia de maizales, nopaleras, hortalizas y gallinas de la tierra. Pero ni aún en Cholula los cultivos tienen un carácter definitorio, ya que igualmente se aclimataron, cultivaron y consumieron hortalizas, frutales y animales de Castilla (cuadro 2).

Los trigales de Tepeaca, los cítricos de Compostela, o los albaricoques, melocotones y granadas de Cholula sugieren no sólo un amestizamiento del paisaje, sino también de los gustos. Al capulín, la tuna, el guamúchil y el zapote se añaden los cítricos mediterráneos, las gramíneas y los plataneros. Las diferencias climáticas y de temperamento, no muy marcadas pero relevantes, explican la abundancia de cacao en Compostela y el «bastantísimo» trigo cultivado en Tepeaca. Aún así, el rasgo común es la combinación de cultivos y el aclimatamiento de hortalizas y frutales.

Al fondo del terreno llano y raso de los valles cultivados, como contorno de la expansión agrícola, mediado por los pastizales naturales, el bosque tropical o serrano marcó los confines de la ocupación de los cultivos. Cedros, encinos, fresnos o mezquites y zapotillos son registrados de pie o como madera, leña y carbón. Del poco provecho que hacen de ellos en Ameca al gran uso que les dan en Tepeaca, los testimonios reflejan el poco sistema del corte. así, es abundante la leña en Compostela o en Tepeaca, además, se coge y se saca mucho carbón. Con lentitud pero inexorablemente, la creación de pastizales para vacunos en Nueva Galicia o la multiplicación de los rebaños ovinos en el altiplano fueron corriendo las faldas boscosas de los montes, cercando los terrenos de caza o dejando al descubierto las feroces alimañas de los bosques, que tanto daño hicieron al ganado, como se lamentaban los informantes.⁴² Aún así, todavía se refiere la combinación de cultivos, crías y caza por los indios: se alimentaban de ciervos, conejos, aves silvestres, pero también se calzaban y cubrían con piel de venado (cuadro 3).

En este entramado, la Corona mandó advertir sobre minas y comercio como componentes sustantivos de la nueva economía. El influjo de los metales en el tráfico local, los abastecimientos de las mismas y la escala de sus producciones. Un contraste señalado nos permite reconocer esa diferen-

⁴² «Hay en la comarca deste pu(e)blo —Ameca— en las serranías, muchos leones y tigres, algunos osos y gatos monteses; por los llanos hay muchos lobos y zorras en cantidad: hacen mucho daño en los ganados, así ovejas como terneras, q(ue) las matan». *Op. cit.*, p. 46, mientras que de Cholula se informaba que los «animales de la tierra que hay son coyotl, que son a manera de lobos, salvo que son más pequeños: éstos destruyen el ganado menor». P. 141.

Cuadro 3. Ganadería y bosques locales según relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
CLIMA	caliente	templado	templado	frío
TEMPERAMENTO	húmedo	húmedo	húmedo	seco
TERRENO	valle llano	llano	llano y raso	llano
PASTOS	abundantes	abundosa	falta	buenos
RIOS	uno	id.	no tiene	id.
VIENTOS	sanos	mansos	saludables	—
BOSQUES	hay	en serranías	—	abundosos
cedros	—	—	—	muchos
encinos	muchos	buenos	—	muchos
fresnos	algunos	—	—	—
mezquites	muchos	—	—	—
nopales	—	—	abundan	abundan
pinos	algunos	—	—	muchos
robles	muchos	buenos	—	muchos
zapotillo	—	buenos	—	—
CARBON	—	—	—	sacan
LEÑA	—	abundante	se coge	—
MADERAS	muchas	poco provecho	—	gran uso
CANADERIA	hay	abundante	—	alguna
vacunos	hay	estancias	—	—
mulas	—	—	—	tienen
caballos	hay	—	—	tienen
cabras	—	—	—	crian
cerdos	hay	—	—	ceban
ovejas	hay	—	—	crian
gallinas tierra	pocas	—	pocas	—
gallina Castilla	crian bien	—	muchas	—

Fuente Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

cia sustancial; ni Cholula ni Tepeaca tenían minas, en Compostela añoraban el transcurrido auge y en Ameca reclamaban avío, ingenio y dedicación a las minas.⁴³

El tráfico especializado, según pudieron advertir los testigos, descubre rutinas, excedentes locales y demandas externas. Así, en los grandes tianguis de Tepeaca y Cholula, entre los mayores negocios estaban las compras de cacao y

⁴³ «Legua y media desta ciudad al Levante —se dice en la *Relación*— son las m(in)as de Espíritu Santo de Compostela, donde se ha sacado mucha plata y algún oro bajo de ocho quilates. Sácase ahora poco y poca plata, por el poco servicio y ayuda que tienen los mineros. [...] Tres leguas desta ciudad hacia el poniente caen las minas de los Reyes; minas despobladas (de) donde se saco mucho mucho oro en otro tiempo. Dejéronse de labrar por la falta de gente y poco posible de los mineros; era el oro, a lo que se platica, de más ley de veinte y dos quilates. No hay, ahora, en estas minas nadie». P. 93. Asimismo, de Ameca se informaba que había habido «muchos descubrimientos» de minas y se «había sacado mucha plata... y entiéndese q(ue), sí en esta comarca hubiese o entrasen mineros ricos q(ue) pudiesen tener caudal para hacer ingenios, poblarían haciendas y se sacaría plata en cantidad», p. 47.

las ventas de grana cochinilla, la introducción de mantas y la venta de tejidos;⁴⁴ de Compostela se sacaban cacao y ganado, pero se contrataban lienzos, ropa y vinos de Castilla.⁴⁵ El mercado de semillas, tan decisivo en Tepeaca, es también soporte significativo de una economía externa a las regiones indígenas: el maíz sustenta y el trigo se trafica.⁴⁶ La importancia del mercado poblano así lo exigía. Los de Tepeaca eran, por su pasado y el nuevo arreglo económico, los traficantes de la tierra gracias a una afortunada combinación: con recuas y carretas dedicadas a la arriería, un mercado radial concurrido y diversificado, además de producciones valorables externamente —trigo y grana (ver cuadro 4).

De alguna manera, esa articulación de intercambios refleja el de culturas y hábitos. La compleja aculturación de los naturales y la asimilación de los españoles al paisaje. Como señalábamos arriba, al descubrir y bautizar el paisaje, los conquistadores pretendieron domeñarlo y buscaron el lenguaje que mejor les recordara su hábitat: la colonización del trópico nunca se logró y la expansión hacia el árido norte se debió al imán de la plata. El patrón de ocupación de la tierra fue, desde el principio de la colonización, marcado por el altiplano. Y es en este altiplano indígena donde la penetración de nuevos usos y consumos mostraba el avance de la ocupación, que tanto interesaba a los redactores de la Instrucción. Si bien existen dos lenguajes culturales en el texto, siguiendo a Gruzinski, el enfoque del alcalde mayor, así fuera repetitivo de un discurso fabricado, nos convida a tomar desde su óptica el avance de ese proceso de aculturación en medio de una debacle demográfica.⁴⁷

El maíz era, con mucho, la base alimentaria de toda la población indígena: cocido, en tortilla, cocinado como tamal o en atole. Su policultivo incluía

⁴⁴ «El mayor trato que en este pueblo hay —decía la *Relación de Cholula*— es el de la grana, así entre españoles como entre indios, y el cacao, en el cual trato hay indios e indias tan diestros y liberales, que cuentan doscientos mil cacaos en un día. Hay otras muchas menudencias de Cast(ill)a y de la tierra que los indios contratan, [...] También las indias son tratantes, vendiendo sus mercaderías así en este pueblo como en los de la redonda, [...] y tienen mucha contratación de hilo de lana teñido de diversos colores para hacer los güpiles ricos y las tilmas preciadas». Pp. 143-144.

⁴⁵ «La contratación en lo general —se informaba de Compostela— en esta ciudad y su comarca, es la mercadería de España y de la tierra: lienzos, vinos y ropa de todas maneras; y los criadores y labradores, sus semillas y ganados; los indios, lo que siembran y cogen de sus semillas». Pp. 93-94.

⁴⁶ *Op. cit.*, ítems 25 y 33, pp. 253 y 257.

⁴⁷ «En realidad —acota Gruzinski— bajo los mismos términos, mezcladas las declaraciones indígenas y la transcripción española, sin duda es preciso distinguir dos lenguajes inconfundibles. Por una parte la mirada occidental, moralizadora y en ocasiones "racista", que deploraba la pereza, la ociosidad, el vicio que supuestamente prevalecía en la Nueva España. Por la otra el análisis indígena que —en resumen, se dedicaba menos a evaluaciones morales en el sentido europeo de la palabra que a un juicio más global, sobre la aculturación en su conjunto o, retomando la explicación de los informantes de Ocopetlayuca, sobre "el hecho de haber cambiado las costumbres"», *op. cit.*, p. 91.

Cuadro 4. Comercio y minas locales según las relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
MINAS				
oro	las hay	de muchas vetas	no hay	no hay
plata	no han hayado	se sacó otro tiempo	—	—
plata	muchas vetas	se sacó mucha	hoy poca	—
carbón	no hay	—	—	—
canteras	no hay	—	—	hay
salinas	la traen	hacen	la traen	se proveen
BENEFICIO				
plata	—	—	—	—
COMERCIO				
langüis	—	—	hay	id.
carnería	—	—	—	conque trajinan
carretería	—	—	—	hacen viajes
en cacao	—	trato general	el mayor trato	compran/venden
en ganados	—	lo que cogen	—	crian y ceban
en grana	—	—	el mayor trato	—
en legumbres	—	—	—	compran/venden
en lienzos	—	contratan	—	—
en mantas algodón	—	contratan	—	tienen
en menudencias	—	otras muchas	—	—
en ropa	—	contratan	—	tienen
en semillas	—	lo que siembran	—	compran/venden
en vinos	—	contratan	—	tejen/venden

Fuente Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

complementos dietéticos tan importantes como el frijol, la calabaza, el chile y algunas legumbres; de los magueyales se extraía el pulque y de las nopaleras no sólo se rescataba grana cochinilla, sino también sus pencas y tunas. Asociado a este sustento de tiempos de la gentilidad, las relaciones notifican la incorporación al gusto de los naturales de frutas y hortalizas mediterráneas, vacas y carneros, gallinas y cerdos, pero también del pan de trigo e incluso del vino de Castilla, «que comen y beben los que lo tienen»⁴⁸ (ver cuadro 5).

Los nuevos hábitos «carnívoros», según las fuentes, no suplieron por completo a los antiguos, ya que se seguía comiendo venados, conejos, culebras, perrillos, gallinas de la tierra y algunas alimañas, si bien se había suprimido la antropofagia ritual de la que hablaban horrorizados.⁴⁹ Asimismo,

⁴⁸ *Relación de Tepeaca*, p. 246.

⁴⁹ En su relación de Ameca don Antonio de Leyva cuenta que los indios, en tiempos de gentilidad, tomaban prisioneros de guerra y los ofrecían al *teotl* en una ceremonia recurrente: tras cinco días de cebamiento «mandaban traer los indios que habían de ser sacrificados y subíanlos a un alto de cinco gradas, donde estaba una piedra redonda y bien labrada, y allí los subían con dos padrinos a los lados, que los traían del brazo; echábanlos en aquella piedra de espaldas y un verdugo que allí estaba, muy diestro y para este efecto señalado, mancebo virgen y que no hubiese tenido conocimiento con mujer, con mucha presteza les abría con una navaja aguda el lado del corazón de

Cuadro 5. Etnografía local según las relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
PUEBLOS	sin dato	10	10	3
INDIAS	sin dato	tecosquines	si dato	60
TRIBUTARIOS	93	—	9 000	—
TRIBUTOS	hay	id	id	—
en dinero	sí	id	id	—
en maíz	sí	id	id	—
en gallinas	—	—	sí	—
IDIOMA	cazcan/totonac	tecozquin/mexicana	mexicana	id.
ALIMENTACION				
avole	hacen	beben	beben	—
alabaza	comen	comen	comen	—
carnero	comen	—	menos	—
chía	—	beben	beben	—
chule	comen	comen	ordinariamente	comen
chocolate	beben	—	—	—
trapeles	comen	comen	comen	comen
fruta	comen	—	comen	comen
gallinas de Castilla	comen	—	—	comen
la tierra	comen	—	mucho	comen
legumbres	comen	—	comen	sustentan
maíz	comen	comen	usan	—
pan	comen	—	—	—
pescado	comen	—	—	comen
puerto	comen	—	—	—
pulque	beben	—	beben	—
sal	comen	abunda	gástase	—
tamales	hacen	—	—	—
ortillas	hacen	—	hacen	—
vaca	comen	—	aficionados	comen
vino de Castilla	beben	—	—	beben
CAZA				
aves silvestre	comen	—	comen	—
conejos	comen	comen	comen	—
culebras	—	comen	—	—
petrillos	comen	—	comen algunos	—
venados	comen	comen	—	comen
VESTIDO				
alpargatas	usan	—	—	—
botas	ahora usan	—	—	—
camisa	—	ahora traen	se visten	tejen y usan
capotes	—	usan	usan	—
caldeñin	traen	—	usan	—
mezadas	ahora usan	—	—	—
rubones de algodón	ahora usan	ahora traen	—	—
ropa de algodón	ahora usan	usan	se visten	tejen y usan
pañó de algodón	ahora usan	—	—	—
sayos	ahora usan	—	—	—
sombrero	—	—	usan	todos
sombrero de fieltro	ahora usan	—	—	—
zapatos	ahora usan	—	—	algunos
zaraguellés	ahora usan	ahora traen	se visten	—

Fuente Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

no, se habían cambiado los vestidos, cubriendo sus desnudeces con camisas, capotes, mantas y faldellines; algunos indios se calzaron y, en general, se cubrieron la cabeza con sombreros de fieltro o materiales de la tierra, aunque siguieron terciándose las mantas con nudo al hombro y preferían caminar con alpargatas, como las llamaron los recién llegados.⁵⁰

Este cambio de imagen, sin embargo, no correspondía a una veloz absorción, sino a una combinada destrucción biológica de la población y a una imposición moral de la imagen pública. El entusiasmo puesto en notificar los cambios en la indumentaria, hábitos alimentarios y policía de la nueva vida de los naturales, se atenúa con las noticias sobre las manifestaciones y causas de la despoblación. Se hace un catálogo de las enfermedades de los indios, y se afirma que vivían más en el pasado, que las pestilencias, las nuevas obligaciones y las migraciones habían diezariado a los pueblos y cortado la continuidad demográfica (ver cuadro 6). La generalización de este proceso, en latitudes y temperamentos tan distintos, seguramente distrajo los planes de reorganización espacial que se querían documentar en las relaciones del siglo XVI.⁵¹ En todas ellas, con matices y expresiones diversas, puede advertirse la profundidad de la transformación del paisaje social. La desaparición de pueblos, el abandono de aldeas o las epidemias urbanas fueron resultado de un modelo europeo de contacto con otros universos bacteriológicos y sociales.⁵²

Los muertos y, en aquella cajuela o petaquilla donde el ídolo estaba, metían el corazón y decíanle que comiese de aquel corazón y bebiéndose de aquella sangre; y, acabado que comía de los corazones, repartían los cuerpos entre ellos, por otros los barrios, y comíanselos, cocidos, con mucho contento mutote que quiere decir "baile", y éste era el remate de su fiesta». *Op. cit.*, p. 36

⁵⁰ «Al presente se visten, en general, de camisas y zaragüeles que de los españoles han tomado de algodón, y algunos dellos usan zapatos y, todos, sombreros al uso español; y otros traen los propios zapatos antiguos que llaman *cactli* y, en general, traen las dichas mantas blancas que se llaman *tímatl*, anudadas, como es dicho, al hombro derecho». Don Gabriel de Rojas, *op. cit.*, p. 133.

⁵¹ Vid Alfonso García-Gallo, «Los principios rectores de la organización territorial de las Indias en el siglo XVI» en *Estudios de historia del derecho indiano*, Madrid, 1972, pp. 661-693.

⁵² «Las regiones que vivieron en un aislamiento casi completo —concluye Borah— recibieron en unas cuantas décadas el impacto en conjunto de todas las enfermedades que podían ser propagadas. Mediante el movimiento de los barcos europeos y de sus cargamentos y de los pasajeros se llevó rápidamente a todas partes del mundo la mayor parte de las enfermedades que podían florecer en ellas. Estas regiones experimentaron en unas cuantas décadas una serie de reveses que tanto Europa como el Lejano Oriente habían sido capaces de aguantar durante milenios. En efecto, los microbios descubrieron la unidad del planeta mucho antes que el hombre». W Borah: «¿América en el modelo? El efecto demográfico de la expansión europea sobre el mundo no europeo» en Borah Cook *op. cit.*, p. 289.

Cuadro 6 Etnografía de la despoblación según las relaciones del siglo XVI

	Ameca	Compostela	Cholula	Tepeaca
PUEBLOS	sin dato	10	10	3
ALDEAS	sin dato	tecosquines	si dato	60
TRIBUTARIOS	93	—	9 000	—
ENFERMEDADES				
tos	comunes	—	—	—
calenturas	—	dicen	—	—
romadizo	comunes	—	—	—
tercianas	tienen	—	—	—
dolor de costado	tienen	—	—	—
tabardete	tienen	—	comúnmente	—
sarna	tienen	—	—	—
paperas	tienen	—	—	—
bubas	tienen	—	—	—
catarro	—	dicen	—	—
viruelas	—	dicen	comúnmente	—
picolizth	—	—	generalmente	—
cólera	—	—	—	abundancia
Hema	—	—	—	abundancia

Fuente: Leyva (1579), Molina (1580), Rojas (1581) y Blanco (1584).

El nuevo inventario de recursos: continuidad y fracaso de la territorialidad española

Con la descripción precedente como formulación del problema, podemos anotar algunas ideas sobre la formación de la territorialidad española desde los paisajes analizados. Primero, la apropiación del paisaje supuso un choque entre las concepciones de la naturaleza de los europeos y el registro de lo desconocido. La superación de la ignorancia tomó el camino del lenguaje analógico, o bien, de la fantasía. Los mitos de la época, como poderosas motivaciones colectivas, condujeron lo mismo a empresas de conquista y de evangelización que a penetrar en territorios cada vez más ignotos. La impresión del conquistador, matizada por el cronista y sistematizada por el funcionario virreinal, revela la maduración de esa imagen. Es esta imagen acabada, como forma simbólica, la que nos da un registro del proceso de apropiación del paisaje y de la formación de una territorialidad española, económica y culturalmente hegemónica.

La aclimatación y plenitud de los cultivos mediterráneos fue el primer paso de esa constitución, pero sólo con la integración de centros y rutinas de intercambio, la producción cobró una importancia que los precios registraron como pulsaciones. En esa primera fase, la territorialidad hispana es

generativa de una demanda nueva, específica en sus productos y concentrada en sus destinos, para luego, con el descubrimiento y explotación sistemática de la riqueza minera, cambiar su escala y funcionalidad económica. Fue esta nueva producción, la de plata, singular articuladora de mercados distantes y producciones variadas, la que permitió pensar en un sistema económico en Nueva España, pero eso tomó a casi todo el siglo XVI y, en rigor, es la historia del siguiente.⁵³ Sin embargo, el registro de los desacompasados intentos por conformar ese nuevo espacio caracteriza a los modelos de ocupación del suelo que, como vimos, sentaron bases de continuidad o dieron cuenta de tempranos fracasos.

⁵³ Ver el trabajo de Sempat Assadourian, «The Colonial Economy: The Transfer of the European System of Production to New Spain and Peru» en *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, suplemento, Cambridge, 1992.

Cuicuilco

NUEVA EPOCA Volumen 2, Número 4, Mayo/Agosto 1995

Historia de los trabajadores

Presentación

Hilda Iparraguirre, Mario Camarena y José Pantoja 5

Carreras de artesanos y mercado de trabajo en Turín (siglos XVIII-XIX)

Giovanni Levi 9

Servidumbre colonial: el Chesapeake (Virginia/Maryland)
y el Marquesado (actual estado de Morelos) vistos de manera comparativa

Brígida von Mentz 25

Cuadros medios de origen artesanal —maestros, capataces
y encargados— en el proceso de industrialización y proletarización
en México en la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX

Hilda Iparraguirre 45

Los trabajadores en búsqueda de la ciudadanía

Mario Camarena Ocampo 65

Entre la vagancia y el trabajo

José R. Pantoja Reyes 79

Mutualismo y luchas reivindicativas en el siglo XIX:
la huelga de sombrereros (1875)

Carlos Illades 95

Empresarios y empresas fabriles en el siglo XIX: crítica historiográfica

Gerardo Necochea Gracia 105

El valor del trabajo en la experiencia biográfica: confrontación de dos
historias de vida comparadas

Amalia Signorelli 123

Miscelánea

Actitudes anglosajonas hacia la Revolución Mexicana 1910-1940

Alan Knight 151

Historia, antropología, folclor

Ruggiero Romano 177

Cambios en el paisaje agrícola y formación de la territorialidad española en
el siglo XVI. Modelos locales de ocupación del suelo

Antonio Ibarra 185

Reseñas